



Los niños de la pandemia

NACHO RUIZ
Galería T20

Si ni siquiera la configuración del tiempo es la de antes,
¿cómo va a seguir siendo ellos igual?

Esta mañana he colgado un vídeo en el muro de Carolina. En él una madre grita a sus dos hijos pequeños desde lo que parece la verja del patio de un colegio. Les chilla con acento sevillano: ¡Támara, hija, no te acerques a la niña. No, no le des besos! Luego al niño: ¡Nooo, zumito a la niña no, no hay que compartiiiiir, ya no hay que compartir. Olvídате de to lo que te he dicho. El gel, lávate con el gel, el geeeel! Es tronchante. Ella es Charo Urbano y en este genial vídeo está parodiando nuestros miedos.

Esta broma encierra un drama, y es que los niños que están viviendo esto no van a ser iguales a los anteriores. Parece un exceso de ese cantante desfasado, demente y ególatra, que no ha encontrado mejor forma de llamar la atención que abanderar el fascismo terraplanista, pero no. Los niños van a cambiar, de hecho ya han cambiado. Cuando Charo Urbano dice ¡no hay que compartiiiiir! está lanzando el grito de todos en algún momento. Yo se lo dije a Hugo en el último partido de baloncesto de su equipo. No, hijo, no le des agua a tus compañeros de tu botella. Me miró como si me hubiese vuelto loco. En ese mismo momento, el sábado 7 de marzo, me sorprendí diciendo a mi hijo que renunciase a uno de los pilares de su educación por el miedo al contagio. Días después nos confinaron y entendimos que sería para mucho tiempo. En casa las máquinas se utilizan de viernes a domingo, entre semana solo si es para deberes. Las horas en el cocoon de nuestra casa eran demasiado lentas, las manualidades con papel higiénico y calcetines-marioneta se agotaron a las dos semanas, así que abrimos la mano y empezaron a jugar algunas horas todos los días. Por las mañanas classroom y meet, por la tarde Fortnite y Roblox.

Hugo nació en 2009, meses después de la caída de Lehman Brothers. Es de los que

todavía pilló el 'Cheque de Zapatero'. Martina es de 2013, los años centrales de la década perdida. La lógica de los tiempos dice que, igual que aquellos que vivieron la segunda guerra mundial, estos deberían haber vivido una meseta de placidez europea, pero no. Ahora son los niños de la pandemia. Estos niños se diferencian de los anteriores primero en la convivencia con los padres. Nunca una generación había pasado tanto tiempo en familia, sin posibilidad de escape, lo cual en familias sin problemas económicos es una bendición, pero para los que menos tienen está siendo triste. Disfrutar de la convivencia o sufrir la convivencia.

Luego está el tema digital. El salto se ha dado sin estar previsto, sin que ninguno estuviese preparado. Es algo que debía llegar, como el teletrabajo, pero ha sido sin aviso. En dos meses nos tuvimos que poner todos las pilas, me refiero a los alumnos de colegios que de verdad quieren y respetan a sus alumnos, como María Maroto, el de mis hijos, que desde el primer día empezó con las tareas digitales y todos exploremos classroom, meet, etc. Todo esto es la superficie de algo profundo, y es que el escalón socioeconómico hará a la mayor parte de la población infantil mucho más pobre, empezando por una brecha digital dramática: si se acaban los datos no puedo hacer los deberes. Lo he escrito y lo he tenido que releer dos veces para entender la profundidad del dolor del padre que tira de móvil para que sus hijos estudien porque no tiene otro dispositivo.

Esta mierda no está dejando escapatoria. Esta es la triste historia de una fuga. Cuando se anunció que en Murcia no ha-

bría clase la semana que viene decidimos huir. No queríamos vacaciones, queríamos enseñarle algo a los niños, que aprendieran y vivieran una experiencia en medio de toda esta confusión y miseria mental que vivimos. Conseguimos una semana en Atenas en un 5 estrellas debajo de la Acrópolis por menos de lo que nos cuesta vivir aquí, así que compramos. El 31 de agosto, Grecia impuso medidas nuevas, si eres español necesitas un PCR para mayores de 10. No fue una pega, los encargamos en una clínica para tres, Martina es menor. Saqué mis manuales de escultura griega de Paolo Moreno y los libros de mitología para ir de santuario en santuario enseñándoles maravillas sin cuentos a los críos en un país sin mascarillas. ¡Bamos a escaparnos a Meteora a ver los monasterios, ¡bamos a buscar un barquito en el Pireo, ¡bamos, ¡bamos... Hace una hora han cancelado el vuelo. Iba vacío. Nos devolvieron la pasta mientras seguíamos estupefactos los correos de la agencia. El resto de países ya ni dan la opción de comprar el billete desde España. Nuestro aislamiento es mucho ma-

yor de lo que pensamos y no hay nada que hacer. Si el avión sale y no llevas la PCR te deportarán, en muchos países te hacen pasar cuarentena...

Todo me recordaba a la fuga de la tierra en 'Crónicas Marcianas' de Ray Bradbury. La distopía como normalidad, o la pregunta del momento, ¿cómo ha conseguido la serie 'Black Mirror' que la vida se haya convertido en uno de sus capítulos? Si ni siquiera la configuración del tiempo es la de antes, ¿cómo van a seguir siendo los niños igual? Todo va a salir regulín.

Me sorprendí diciendo a mi hijo que renunciase a uno de los pilares de su educación por el miedo al contagio

posado. Eso nunca ocurrirá porque, para proteger su casa, usted ha de pagar de su bolsillo blindajes, cámaras y alarmas, mientras que las 'torres de marfil' de los que he aludido son vigiladas por patrullas costeadas con nuestros impuestos.

LAURA SONSECA

La mayoría silenciosa

Los corresponsales europeos parecen entusiasmados con las protestas antirracistas por el desgaste que deberían suponer para el aspirante a la reelección presidencial, Donald Trump. Ya dan por hecho que su contrincante, Joe Biden, tiene el camino despejado. Si, claro, como

Michael Dukakis frente a George Bush padre o Hillary Clinton frente al actual inquilino de la Casa Blanca.

Los que peinamos canas nos acordamos de las enormes revueltas que surgieron a causa de la Guerra de Vietnam o del asesinato de Martin Luther King. O las de Mayo de 1968. O las de 1976 en España contra el posfranquista Carlos Arias Navarro. O las de 1982 en la RFA con los 'euromisiles'. ¿Quiénes ganaron las elecciones entonces? Pues mandatarios de derechas, como Richard Nixon, Georges Pompidou, Adolfo Suárez y Helmut Kohl, respectivamente.

Trump es perro viejo y empresario. Sabe localizar los 'nichos de mercado'.

Los jóvenes analistas políticos se olvidan de la mayoría silenciosa. Esa que, por ejemplo, ha impulsado a Vox en la Región de Murcia o ha dado la mayoría absoluta a Alberto Núñez Feijóo en Galicia.

Nicolas Sarkozy la definió muy bien en la campaña que le aupó a la presidencia de Francia: «Son aquellos que madrugan para trabajar». Y sobre ellos pivota realmente la democracia.

CARLOS MANUEL HERNÁNDEZ

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas. Estarán firmados y se hará constar el número del DNI junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores. También pueden enviarse por correo electrónico a: cartasdirector@laverdad.es

LA VEREDA DEL CAPITÁN
MANUEL MADRID

Forasteros en el Amazonas

Imposible que los pueblos no contactados puedan entender este mundo



No reconozco a veces este mundo. Tampoco consigo entenderlo. No me acabo de llevar bien con cierta terminología. Binarismo de género, vigilancia inversa, parejas abiertas, renta mínima de inserción, superinteligencias, principios proactivos, antropoceno, replicadores uterinos, motores de búsquedas, procrastinación... A veces pienso que el extraterrestre soy yo. Tengo la impresión de que voy andando al revés la escalera del conocimiento. Por mucho que avance, el próximo escalón parece cada vez más lejano. No es suficiente con el impulso habitual: todo exige hoy sobreesfuerzo. Intentar comprender es un galimatías. ¿Será un trauma ancestral silenciado?

Esa puede ser una razón básica que justificaría el aumento de los problemas de comunicación de esta sociedad. Ya no podemos entendernos con pocas palabras. Todo esto me asaltó el otro día cuando supimos que indígenas no contactados habían entrado en una aldea de la Amazonia corriendo un grave riesgo porque carecen de inmunidad para enfermedades comunes. Como hay que suponerlos ajenos a la pandemia de coronavirus, todavía es más insólita la cuestión. En el estado de Acre, cerca de la frontera con Perú, fueron avistados en 2008 en un vuelo de reconocimiento individuos de esta tribu, que vive internada en la selva, a varias horas de navegación del primer rastro de civilización. Cuando ese grupo —entre 10 y 20 mujeres, niños y hombres adultos— apareció hace dos semanas en la aldea kulina de Terra Nova, en la cabecera del río Envira, el jefe Cazuya Kulina llamó al periódico 'O Glovo' para alertar de que el Gobierno de Brasil no había previsto ninguna barrera sanitaria, pues algunos de los aldeanos presentaban cefaleas, tos y letargo. A lo largo de la historia hemos visto cómo —ya fuera por sarampión, viruela, tuberculosis o cepas de la gripe— numerosos grupos aborígenes han acabado por extinguirse por contagios con el mundo exterior. Lo que demuestra que, por mucho que estemos en la era de las disonancias cognitivas, del branding y del big data, lo cierto es que toda esta ultramodernidad nos pilla todavía con el taparrabos.

Este mundo es insólito. Porque lo inconcebible encuentra aquí su acomodo. No es que sea extraño que haya comunidades remotas vulnerables. Lo curioso es que estemos a punto de encontrar una explicación al persistente misterio de la expansión acelerada del cosmos y haya individuos de nuestra especie más interesados en proveerse de hachas, yuca, plátanos, hamacas y ropa para seguir viviendo según los ritmos del bosque animado.